

Andrés (Alejándose por la memoria)
– Esperábamos nuestro pan junto a la mesa. La luz se había retirado borrando los caminos del mundo.

Piedra (Desesperanzada)
– Te vuelves sin remedio a los días perdidos.

Gradualmente comienza a cambiar la luz. Ha conseguido llevarla por las lejanías del recuerdo. La actriz ya no es Piedra ahora, será la madre, y él –el actor– encarnará a Pedro Bruma, el pocero, su padre, que llevó con orgullo el sobrenombre de Aramundos. La madre ha puesto el pan sobre la mesa para ser repartido.

“EVOCACIÓN DE AMARGACENA”

Andrés (Ahora Pedro Bruma)
– “El pan de nuestro trabajo. Ganado con las manos”.

Piedra (María)
– “Tomadlo con sosiego porque ya está pagado con el sudor que vence a los trigales”.
(*Los hijos extienden sus manos. Hay un reposo de agua mansa que desciende sobre los cansados labrantíos del alma. Piedra / María oculta su pan discretamente*)

Andrés (Pedro Bruma)
– ¡No lo guardes para tus hijos! ¡Mira cómo vas quedando!

Piedra – ¡Si al menos tuviera paz!

Andrés – Has puesto ramas de olivo en la ventana. ¿Qué más quieres hacer?

- Piedra* (María)
– Sabrás que hay lucha en las ciudades.
- Andrés* (Pedro Bruma)
– ¡Hay guerra por los pechos!
- Piedra* (María)
– Temo que vengan preguntando por ti.
- Andrés* (Pedro Bruma. *Abstraído*)
– ¿Quién podría venir?
- Piedra* (María)
– Malos preguntadores.
- Andrés* (Pedro Bruma)
– El río no se saldrá de madres.
- Piedra* (María. *Suplicante*)
– No vayas reclamando. No pidas más de lo que quiera darte.
- Andrés* (Pedro Bruma)
– Me achicas los adentros. Me amilanas el alma. ¡Qué mal ejemplo para nuestros hijos!
- Piedra* (María)
– Son ocurrencias mías para que seas prudente.
- Andrés* (Pedro Bruma. *Apasionado*)
– “Yo siempre salto al monte, al surco, a los andamios para calmar tanta desesperanza de toros maltratados. Tendremos que agruparnos oceánicamente. Nubes tempestuosas de herramientas para un cielo de manos vengativas”.*

* Parafrasea unos versos de “Sonreídme”, de Miguel Hernández: “... para calmar nuestra desesperación / de toros castigados / habremos de agruparnos oceánicamente. /

- Piedra* (María. *Incorporándose, alarmada*)
– ¡Pedro!
- Andrés* (Pedro Bruma)
– ¿Qué pasa?
- Piedra* (María)
– ¡Entran por el camino, Pedro!
- Andrés* (Pedro Bruma)
– Nacida para los temores.
- Piedra* (María)
– Ya escucho el crujir de las botas ¡Qué duros pasos lo maltratan!
- Andrés* (Pedro Bruma)
– Será el viento que enfada a los trigales, que se hace intratable con las ramas que has puesto en la ventana.
- Piedra* (María. *Esperanzada*)
– ¡Ojalá fuera el viento!
- Andrés* (Pedro Bruma)
– Asustas a los niños. Mira por si quedara azúcar.
- Piedra* (María)
Tendría que quedar.
(*Va a buscarla. En ese momento golpean en la puerta con violencia. Parece como si aldobonaran con una piedra en la mano*)
(*Dramática*)

Nubes tempestuosas de herramientas / para un cielo de manos vengativas / nos es preciso".
En *Obras Completas*. Editorial Losada. Buenos Aires, 1960, págs. 258-259.

– Ya ves que no ha sido el viento. Ya ves que no eran las ramas.
¡Huye por las bardas, Pedro! ¡Escóndete en las umbrías!

Andrés (Pedro Bruma)
– No soy una mujer para esos juegos.
(*Pausa tensa. Piedra / María en un arranque abre la puerta enfrentándose a un grupo apenas distinguible. Los contempla. Se percibe no obstante que traen fusiles*)

Voz (*Desde la oscuridad*)
– ¿Eres tú Pedro Bruma el pocero, llamado también el aramundos?

Andrés (Pedro Bruma)
– Yo soy el que decís.
(*Receloso*)
– ¿Qué andáis buscándome impacientes sin esperar al día?

Voz – Ven con nosotros que tendrás ocasión de un buen jornal como siempre reclamas. Un jornal de justicia.

Voz 2ª – Para que puedas comer tocino de entrevero.

Voz 3ª – Y el hambre no te arañe tanto la barriga.

Piedra (María)
– ¡Pedro!
(*Se enfrenta al grupo*)
– ¿Son honestas estas horas para sacar a un padre de su casa?

Andrés (Pedro Bruma)
– No te duelas así, María, que sólo vienen para hablar de jornales.
(*Añade levemente*)
– Aunque traen fusiles para hacerlo con ventaja.

Piedra (María. *En un impulso*)
– ¡Yo voy contigo, Pedro!

Andrés (Pedro Bruma. *Deteniéndola*)
– ¿Adónde?
(*Ella lo mira suplicante*)
– No te despegues nunca de tus hijos. Y consiéntelos, prudentemente a cada uno, según su natural.
(*Ella se inmoviliza desolada*)
(*Medio riéndose*)
– ¡Anda, madrecilla, lobilla de tus lobos, dadle a todos de tus tetas más dulces! Y si no busca por ahí por si quedara azúcar.

Piedra (María)
– Tendría que quedar. ¡Dios mío! Tendría que quedar.

Andrés (Pedro Bruma. *Levemente*)
– Y evita en lo que puedas, madrecilla, que sean niños de sufrimiento.
(*Bajando la voz*)
– En el jarro de la cómoda tengo escondido un nido de monedas. Cógelas que te vendrán bien.

(*Están confusos. Están a punto de reírse para que los niños no se asusten pero sus rostros inevitablemente son como dos máscaras de bronce*)

Pedro Bruma sale; ha sido sacado bruscamente.

Hay una pausa de metales –de hierro y plomo– llena de oscura impaciencia, después una descarga de fusilería destroza las vidrieras del mundo. En realidad han quedado intactas aunque el padre ha sido llevado a los acantilados del muere de donde nunca volverá, y la madre ha perdido

con ello para siempre, la más certera expresión de su lenguaje con la que gobernaba su casa:

– “¡Esperad, esperad que ya mesmo viene papá!”

Esto no lo volverá a decir, no podrá decirlo nunca más hasta que con el paso de los años, el tiempo destructor, le desordene la mente y se lo haga repetir, ya chocheando, por el largo camino de su ancianidad.

OSCURO